

bilonia, aniquila la opulencia y anada el desparpajo de las conciencias.

La voluntad educada para huir siempre de la mentira, sin desmayar, para ser fiel a sí mismo a pesar de los peligros que rodean la personalidad cuando nos adulan, cuando con dádivas quieren quebrantar nuestra virtud, cuando nos amenazan, cuando nos aíslan, es la potencia que nos mantiene erguidos como roca que no tumban las olas, y que, en las grandes tempestades de la existencia nos hace volar por las alturas serenas. La voluntad de buscar lo mejor, de ser bueno, de ser justo, de no traicionar nuestros ideales, cualesquiera que sean las espinas que en tan sagrada empresa se nos claven en el pecho, es lo que glorifica al hombre y le da una fuerza concebible por los grandes ejemplos con que se ilumina la Historia: es lo que hace enérgicos y grandes a los pueblos; es lo que crea la civilización verdadera; es lo que nos hace señores del mundo.

Sobre la falsedad nada se edifica. ¿Para qué sirve un hombre mentiroso? ¿quién puede contar con él? El mal sólo crea llanto y clamores de venganza. Parece paradójica, pero ni los bandidos pueden vivir sin el bien: una cuadrilla debe ser prudente, leal, practicar la equidad, porque si no qué iba a poder formarse, si cada bandido estuviese acechando la oportunidad de debelar a sus compañeros, si se repartiera el botín desigualmente, si cada uno sintiese su espalda a descubierto. La verdad y el bien engendran la vida y son creadores eternos.

Donde el desatentado amor al oro, al lujo, al boato, crean la miseria física y moral, y hacen de la conciencia una mercancía, de la dignidad una palabra hueca, del pudor un valor comercial, la sociedad está desquiciada: pueblos en tales condiciones pierden muy pronto la personalidad y descenden a la esclavitud. Y si el hombre se proclama libre y cree de veras que la libertad entendida rectamente es el supremo bien, no debe ser ni siervo del hombre, ni juguete de las pasiones, ni esclavo de las cosas.

Vemos a los pueblos perder su soberanía por estimar en más el oro que la virtud; vemos anegarse la tierra en sangre allí donde no se ama la vida virtuosa y fuerte; se hunden las sociedades en donde faltan los hombres de carácter.

La libertad es el único bien real del hombre. Pero medita en ella, porque de esa palabra se ha abusado mucho, se ha empleado también por muchos sin darle su verdadero sentido. Tengo la convicción profunda de que quien no se ha emancipado de todas sus cadenas o no se esfuerza en ello o no ha llegado siquiera al convencimiento de que por allí es por donde comienza la libertad humana, la santa libertad, ése hablará de ella sin comprenderla, ése, llegada cualquier hora crítica individual o colectiva será esclavo: para ser libre, para gozar fútilmente de la libertad hay que comenzar por comprender el significado del término en su real acepción. Y sólo somos libres cuando no nos atan en nuestras justas y grandes determinaciones, ni la pasión misma, ni las cosas, ni el miedo, ni aun el de perder la existencia, con tal de realizar un bien sublime. Entonces cumplimos noblemente nuestra vida, entonces nuestra alma es libre, y se ha adornado con galas costosas que imponen respetuoso silencio de admiración. Con todos sus inventos, con todo su oropel y sus riquezas, con toda su ilustración el mundo valdría bien poco si no guardase en su seno caracteres; éstos son los que crean la civilización, éstos son los que prueban que el hombre vale algo, porque la laceria de las almas no la cura el oro ni el boato sino la virtud, el carácter. Siguiendo los pasos de la humanidad se verán como jalones en la ruta que ha seguido, los grandes caracteres; y creen unos que Dios mismo los coloca, que son providenciales, para enseñar al mundo su camino; y otros, que son la florecencia de una civilización, en una época: la Naturaleza parece que acumula en un solo hombre todo lo conquistado durante un largo período,